

Futuros divergentes

¿Contrainsurgencia o combate de alta intensidad?

Carlos FRÍAS SÁNCHEZ

Teniente Coronel de Artillería DEM, Doctor en Paz y Seguridad Internacionales¹



RESUMEN

Las crecientes restricciones presupuestarias, la proliferación de operaciones de estabilización/contrainsurgencia y la aparentemente remota posibilidad de un conflicto de alta intensidad entre Estados modernos obligan progresivamente a los Ejércitos a elegir cuidadosamente los medios de que se dotan. Por otra parte, las capacidades necesarias para estabilización/contrainsurgencia son diferentes (y más baratas) que las necesarias para el combate de alta intensidad. Esto, junto con su mayor frecuencia hace que algunos Estados hayan optado decididamente por limitar sus capacidades militares a este tipo de operaciones. Sin embargo, la renuncia a los medios de combate de alta intensidad (carros de combate, artillería, helicópteros de ataque...) implica renunciar en gran medida a la característica fundamental que mantiene la superioridad militar occidental: la excelencia en el combate interarmas. Adquirir esta competencia costó a los Ejércitos occidentales muchos años y millones de bajas. Si esta competencia se pierde, su recuperación en caso necesario puede igualmente requerir años y un enorme número de bajas... Suponiendo que se consiga antes de la derrota.

Palabras clave: Contrainsurgencia, estabilización, combate interarmas, alta intensidad, capacidad militar, superioridad militar, presupuestos, Ejército de Tierra.

RESUM

Les creixents restriccions pressupostàries, la proliferació d'operacions d'estabilització / contrainsurgència i l'aparentment remota possibilitat d'un conflicte d'alta intensitat entre Estats moderns obliguen progressivament als exèrcits a escollir amb cura els mitjans de què es doten. D'altra banda, les capacitats necessàries per a estabilització / contrainsurgència són diferents (i més barates) que les necessàries per al combat d'alta intensitat. Això, juntament amb el seu major freqüència fa que alguns estats hagin optat decidida-

¹ Carlos Frías Sánchez está destinado en el Cuartel General del Eurocuerpo, Estrasburgo

ment per limitar les seves capacitats militars a aquest tipus d'operacions. No obstant això, la renúncia als mitjans de combat d'alta intensitat (carros de combat, artilleria, helicòpters d'atac ...) implica renunciar en gran mesura a la característica fonamental que manté la superioritat militar occidental: l'excel·lència en el combat interarmas. Adquirir aquesta competència va costar als exèrcits occidentals molts anys i milions de baixes. Si aquesta competència es perd, la seva recuperació en cas necessari pot igualment requerir anys i un enorme nombre de baixes ... Suposant que s'aconsegueixi abans de la derrota.

Paraules clau: Contrainsurgència, estabilització, combat interarmes, alta intensitat, capacitat militar, superioritat militar, pressupostos, Exèrcit de Terra.

ABSTRACT

The growing budgetary restrictions, the rate of recurrence of operations of counter-insurgency/stabilization and the apparently remote possibility of a major inter-state war between advanced competitors force the Armies to carefully choose their assets. For instance, the required capabilities to execute a counter-insurgency/stabilization operation are different (and cheaper) than those required for high intensity combat. This fact, together with the higher ratio of recurrence of those operations, make some States to decidedly limit their military capabilities to those needed for that type of operations. However, the abandonment of the high intensity combat assets (battle tanks, artillery, attack helicopters...) implies the renunciation to a large extent to the main feature at the base of the Western military superiority: the excellence in interarms combat. The achievement of this capability took the Western Armies many years and millions of combat casualties. In case of need, the recovery of this capability would take again years and many casualties... Providing that this retrieval would happen before defeat.

Keywords: Counter-insurgency, stabilization, interarms combat, high intensity, military capability, military superiority, budget, Army.

Los escenarios del combate futuro

Quizá uno de los temas más debatidos en el seno de las fuerzas armadas occidentales, y, especialmente, en los Ejércitos de Tierra², es el aspecto del campo de batalla futuro³: ¿existirán en el futuro conflictos “tradicionales” entre estados más o menos avanzados y dotados de ejércitos regulares? ¿O más bien las operaciones militares futuras serán operaciones de “estabilización” o de “contrainsurgencia” en estados fallidos del Tercer Mundo? Precisamente esa es

²La “especial” incidencia de este debate en los Ejércitos de Tierra deriva de la existencia en su seno de dos tendencias contrapuestas, que se exponen a continuación.

³ Un tema recurrente en la documentación de seguridad occidental, como la *Quadriennial Defense Review* norteamericana de 2014 (pp. 19, 29), la *National Security Strategy and Strategic Defence and Security Review 2015* británica (p. 15), el *Livre Blanc sur la Défense et Sécurité Nationale 2013* francés (pp. 33-41) o, menos abiertamente, en nuestra *Estrategia de Seguridad Nacional 2013* (que se limita a considerar poco probables los conflictos armados entre Estados).

una de las cuestiones centrales de la obra de Sir Rupert Smith *The Utility of Force*⁴. Como todo lo que concierne al futuro, nadie puede contestar con seguridad a estas preguntas. Y, sin embargo, de las respuestas que se den dependerá en gran medida nuestra seguridad.

Estas cuestiones distan mucho de ser nuevas y aparecen periódicamente en la Historia reciente de Occidente, con respuestas variables: como ejemplo, tras la Primera Guerra Mundial, el Ejército británico consideraba que una nueva guerra europea era altamente improbable⁵, y que, incluso en el caso de suceder, Gran Bretaña no tenía ningún interés en tomar parte en ella; en consecuencia, sus misiones futuras debían centrarse en actuar como “policía imperial”, manteniendo el dominio británico sobre su amplio imperio colonial, para lo que necesitaba especializarse en contrainsurgencia.

Más recientemente, la guerra de Vietnam supuso para los norteamericanos centrarse *de facto* en un conflicto de contrainsurgencia que absorbió la mayor parte del esfuerzo militar norteamericano durante un largo periodo de tiempo (1964-1973), en detrimento de sus capacidades de combate “convencional”. Tras el final de ese conflicto, con el resultado conocido, el *US Army* consideró que sus combates futuros serían contra el Pacto de Varsovia, en un escenario de combate tradicional o de “alta intensidad”, por lo que su doctrina, sus materiales y su entrenamiento se orientaron en ese sentido (Ejército de Estados Unidos 1981), olvidando conscientemente⁶ lo aprendido sobre contrainsurgencia durante el largo conflicto de Indochina.

En los dos ejemplos presentados, las decisiones no fueron muy acertadas: en pocos años, los británicos estaban envueltos en la Segunda Guerra Mundial, mientras que los norteamericanos (tras el éxito alcanzado en la Guerra del Golfo de 1991, debido en gran parte a esa orientación hacia el combate de “alta intensidad”), comenzaron en 1992 en los Balcanes una larga serie de operaciones de “estabilización” (Bosnia, Kósovo) o de “contrainsurgencia” (Afganistán, Irak) que todavía duran hoy día, y para las que su orientación hacia el combate convencional se reveló poco adecuada.

⁴ Ver la reseña que se incluye en este monográfico.

⁵ De ahí derivó la denominada “*Ten-Years-Rule*”: en 1919, el Gobierno británico decidió asignar su presupuesto de Defensa en función de sus previsiones sobre la posibilidad de que estallase un conflicto importante “en los siguientes diez años”. Esto llevó a una crónica escasez de medios de los Ejércitos británicos, al no preverse ningún conflicto... La norma estuvo en vigor hasta 1932 (Archivo Nacional Británico 2016)

⁶ Hoiback, (2013): p. 46

Este debate sobre el combate futuro y sus consecuencias en términos de doctrina de empleo, materiales y adiestramiento ha ocurrido en mayor o menor medida en todos los ejércitos occidentales. Inicialmente, la respuesta casi universal –y válida (con limitaciones, como ha demostrado la experiencia) todavía hoy – fue que “un ejército capaz de operar en combate de alta intensidad, es capaz de ejecutar operaciones de contrainsurgencia, mientras que un ejército diseñado para la contrainsurgencia no es capaz de vencer en combates de alta intensidad”. En consecuencia, los ejércitos occidentales han intentado mantener sus capacidades, organización, materiales y doctrina – que estaban enfocados hacia el combate de alta intensidad, desde el largo periodo de la Guerra Fría –, adoptando para las operaciones de estabilización o de contrainsurgencia soluciones *ad hoc*, constituyendo agrupamientos tácticos temporales, diseñados “caso a caso” para cada escenario. Este enfoque era coherente con la creencia de que las operaciones de estabilización o de contrainsurgencia (“operaciones de paz”, en general) eran un episodio pasajero, un intermedio, antes de volver a la “normalidad”, entendida como la preparación para el combate de alta intensidad contra las fuerzas armadas de otros estados... Sin embargo, tras más de veinte años centrados en este tipo de operaciones, es difícil defender que estamos ante un fenómeno esporádico.

A esta alta frecuencia de aparición de escenarios de contrainsurgencia en los que se implican las fuerzas armadas occidentales (Irak, Bosnia, Somalia, Kósovo, Líbano, Afganistán, Malí, República Centroafricana...) y la existencia de otros muchos focos potenciales de conflicto susceptibles de desencadenar una operación de este tipo, se unen el alto coste de los despliegues en escenarios lejanos donde no existen infraestructuras, lo que hace aún más agudas las crecientes restricciones presupuestarias que sufren todas las fuerzas armadas occidentales. Estas restricciones económicas hacen que cada vez sea más difícil mantener ejércitos capaces de ejecutar operaciones convencionales o “de alta intensidad” (lo que requiere capacidades y medios militares muy avanzados y muy costosos) y, al mismo tiempo, equiparse y mantener operaciones de contrainsurgencia/estabilización en escenarios lejanos. Esta situación ha hecho este debate más urgente y más complejo: para muchos ejércitos, sin presupuestos mayores, no es posible mantener ambas capacidades, sino que es necesario elegir un camino u otro.

Esta creciente necesidad de elegir entre dos modelos de ejército muy diferentes entre sí es el factor fundamental sobre el que gravitan todas las reestructuraciones y reformas de las fuerzas armadas, en España y, en general, en todas las fuerzas armadas occidentales:

- O bien las reformas emprendidas buscan encontrar la fórmula que permita mantener unas fuerzas armadas capaces de actuar en los dos escenarios citados (caso de las potencias medias europeas, como es el caso de España);
- O bien optan decididamente por el modelo de ejércitos de contrainsurgencia, dejando ejércitos capaces de actuar únicamente en este tipo de operaciones y siempre como auxiliares de otros ejércitos más potentes (caso de los pequeños estados occidentales, como Bélgica o los Países Bajos⁷).

La ininterrumpida sucesión de reestructuraciones y reformas es una prueba fehaciente de que no se acaba de dar con una solución satisfactoria a este reto.

En cualquier caso, la historia reciente parece confirmar esa mutación hacia la contrainsurgencia/estabilización: como hemos citado, desde la caída del Muro de Berlín en el lejano 1989, las fuerzas armadas occidentales sólo han combatido en ambiente de alta intensidad en las dos guerras del Golfo (1991 y 2003), mientras que han ejecutado numerosas operaciones de estabilización y contrainsurgencia. Por otra parte, pese a los incidentes de Ucrania, las posibilidades de una guerra convencional importante parecen hoy sumamente reducidas (el arsenal nuclear ruso mantiene vigente la paradoja de la “estabilidad-inestabilidad” de Snyder⁸: la estabilidad a nivel nuclear derivada del riesgo de un apocalipsis nuclear lleva a la aparición de múltiples conflictos convencionales “limitados” en los que las potencias nucleares se permiten plantear conflictos menores, sabiendo que la reacción de la potencia rival será lo suficientemente comedida como para evitar el estallido de una guerra nuclear total. En esta situación, parece obvio que el camino a elegir es el de apostar decididamente por las capacidades de estabilización y contrainsurgencia, en detrimento de las de combate de alta intensidad... Si, como parece, la respuesta a este debate es obvia ¿por qué los ejércitos siguen resistiéndose a adoptar una solución que parece evidente?

El combate de alta intensidad

Para entender esta reticencia, es preciso retrotraernos a un momento histórico muy concreto: la Primera Guerra Mundial. Aquí el lector puede sorprenderse: ¿a qué viene volver ahora a una guerra olvidada, cuya única actualidad está en los actos conmemorativos de su centenario? La respuesta es que en la Primera

⁷ Ambos países han abandonado capacidades esenciales para el combate de “alta intensidad”, como las unidades de carros de combate

⁸ Snyder (1965)

Guerra Mundial nace el combate moderno: las trincheras, los bombardeos aéreos o artilleros, los carros de combate, las telecomunicaciones o los frentes que separaban físicamente el terreno dominado por cada contendiente son “novedades” (en su momento) que aparecen en la Gran Guerra⁹. En realidad, un oficial napoleónico que hubiera viajado en el tiempo a los campos de batalla de 1914 no se sorprendería por las tácticas y procedimientos empleados por los ejércitos de la época; ese mismo oficial en 1918 sería incapaz de reconocer el campo de batalla, ni de entender la forma de combatir de esos mismos ejércitos. Igualmente, un oficial actual comprendería sin dificultades las tácticas y procedimientos de 1918, pero los de 1914 le resultarían completamente ajenos¹⁰: la Primera Guerra Mundial supone el nacimiento del combate “interarmas”.

El concepto de combate “interarmas” (*combined arms*, en su denominación tradicional anglosajona) se refiere a aquel “tipo de combate en el que las distintas Armas se emplean de forma coordinada con el final de maximizar la eficacia combativa y la supervivencia de cada una de ellas”¹¹, o, en otra formulación, “el conjunto de técnicas y procedimientos empleados por las unidades de las diferentes Armas para apoyarse mutuamente”¹². En este tipo de combate, las fortalezas de un Arma deben compensar las carencias de otras, consiguiendo un efecto sinérgico del conjunto. La simplicidad de la definición puede resultar engañosa: la aplicación práctica de este tipo de combate resulta extremadamente compleja, y su dominio en Occidente ha sido consecuencia de un largo proceso de “prueba y error” que ha costado millones de vidas. En realidad, detrás de esta sencilla definición, se esconden muchos conceptos familiares para el militar profesional o para el estudioso de la historia o la sociología aplicadas al campo militar, tan comunes que rara vez se cuestionan o se reflexiona en profundidad sobre ellos: como ejemplo, las unidades básicas en las que se articulan los ejércitos (especialmente las “Grandes Unidades Superiores”, como la “División” o el “Cuerpo de Ejército”, pero cada vez con más frecuencia unidades de menor tamaño, como la “Brigada” o, incluso, la “Escuadra”, el “Pelotón”, la “Compañía” o el “Batallón”), son formas de organización que dependen en gran medida de su composición “interarmas” (o, según el caso, precisamente, de la ausencia de esa cualidad). De la misma forma, otros conceptos igualmente dependientes de este carácter “interarmas” son los de “Arte Operacional” o “Nivel Operacional” del combate, entre otros muchos.

⁹ Bailey (1997): p. 4

¹⁰ *Ibíd.*: p. 11

¹¹ House (1984): p. 2

¹² *Ibíd.*, p. 3

En realidad, la sencilla definición de “combate interarmas” expuesta anteriormente recoge un concepto absolutamente obvio... pero mucho menos corriente en su aplicación de lo que pudiera parecer. La necesidad de cooperación estrecha entre las Armas siempre ha existido, pero es posible afirmar que, desde la Primera Guerra Mundial, la competencia en este tipo de combate es probablemente el factor más decisivo de la victoria. En un hipotético conflicto entre ejércitos dotados de tecnología similar y con una relativa igualdad numérica, el ejército más competente en la ejecución del combate interarmas tiene muchas posibilidades de alcanzar la victoria, incluso en situación de relativa inferioridad tecnológica, numérica o ambas. Las victorias de la *Wehrmacht* alemana en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial o, incluso, sus eficaces operaciones defensivas en los años finales de ese conflicto, frente a un enemigo numéricamente muy superior, obedecen esencialmente a su excepcional competencia en este tipo de combate. De la misma manera, las victorias israelíes sobre sus rivales árabes o la facilidad con la que los norteamericanos han derrotado a rivales teóricamente difíciles - como el Ejército iraquí de Sadam Hussein en 1991, en su día uno de los diez ejércitos más potentes del mundo (Los Angeles Times 1991), están basadas igualmente en su competencia en el combate interarmas. Esta modalidad de combate, tal y como la conocemos hoy, nace durante la Primera Guerra Mundial, se desarrolla en el plano teórico en el periodo de entreguerras y se consolida en su forma general en la Segunda Guerra Mundial.

Tras la aparición del armamento nuclear en los meses finales de la Segunda Guerra Mundial, la amenaza de una guerra nuclear global, generó la citada “paradoja de la estabilidad-inestabilidad”. Sin embargo, la amenaza de una guerra nuclear hacía que se evitase cualquier ataque contra los intereses “vitales” del adversario. En consecuencia, la Guerra Fría se caracterizó por conflictos periféricos en las que las superpotencias ejercieron esfuerzos a veces importantes (Corea, Vietnam, Afganistán...), pero muy alejados de la absoluta movilización de todos los recursos nacionales y la persecución de la victoria total que caracterizaron a los dos conflictos mundiales. En estos conflictos se pusieron en ejecución las ideas doctrinales nacidas en la primera mitad del siglo XX, matizadas por la (relativa) limitación de la violencia derivada de la amenaza nuclear. Durante el periodo de la Guerra Fría se desarrollan también las guerras árabe-israelíes, que reproducen en pequeña escala muchos de los modelos doctrinales desarrollados en los conflictos mundiales, empleando medios más modernos.

La comparación del desarrollo de la guerra que enfrentó a Irán contra Irak entre 1980 y 1988, frente a la actuación de los norteamericanos en la Guerra del Golfo de 1991, muestra la diferente eficacia entre ejércitos dotados de medios

modernos, pero sin experiencia en combate interarmas (caso de los de Irán y de Irak) frente a la de un ejército que sí disponía de esa capacidad (el *US Army*). En realidad, atendiendo exclusivamente a la comparación de medios materiales empleados, es difícil entender la aplastante victoria norteamericana de 1991 sin tener en cuenta el factor fundamental de la competencia en el empleo de estos medios militares.

Contrainsurgencia y combate de alta intensidad

Por su parte, la contrainsurgencia es un tipo muy especial de operación, que difiere en muchos aspectos de las operaciones de combate de alta intensidad.

Desde la Primera Guerra Mundial, una de las características del campo de batalla moderno es la potencia de fuego: los modernos sistemas de armas son capaces de desencadenar auténticas “tempestades de acero”, capaces de destruir o de neutralizar a las Fuerzas Armadas enemigas o de destruir sus industrias y/o infraestructuras críticas. Sin embargo, en la contrainsurgencia la forma de vencer dista mucho de basarse en la destrucción física de las fuerzas armadas enemigas o en la anulación de sus capacidades económicas: en este tipo de operaciones, la clave de la victoria está en conseguir el apoyo de la población. Las operaciones de contrainsurgencia suponen al final una competición entre el gobierno y los insurgentes por controlar a la población¹³. Y ese control implica dar seguridad a esa población, al tiempo que se niega al insurgente la capacidad de ejercer coerción sobre ella. El concepto ya lo reflejaba Corbett a principios del siglo XX, cuando buscaba las claves de la estrategia: para Corbett, la victoria, en cualquier tipo de conflictos, reside en la capacidad de “ejercer presión sobre los ciudadanos y su vida colectiva”¹⁴. Puesto que, en la mayoría de los casos, no será posible distinguir al insurgente de la población local, los destructivos (y costosos) sistemas de armas pensados para el combate de alta intensidad (desde Artillería de Campaña hasta bombarderos) tendrán muy escasas posibilidades de emplearse, y, si lo hiciesen, las posibilidades de causar bajas inocentes entre la población civil cercana a los insurgentes detectados es muy elevada. Por ello, el empleo de estos sistemas de armas puede provocar el rechazo de la población local y el de la opinión pública occidental. En cualquier caso, en la mayoría de los escenarios, los insurgentes no dispondrán de medios de combate tan avanzados o, simplemente, tan protegidos, como para requerir el concurso de estos sistemas de armas avanzados. En realidad, para controlar a la población local bastan medios mucho más sencillos: un puñado de fusiles es suficiente para

¹³ Kilcullen (2013)

¹⁴ Corbett 1988: 97

atemorizar a una población desarmada. Y esto mismo es válido para la contrainsurgencia: las unidades de Infantería ligera, de utilidad limitada en el combate de alta intensidad (en razón de su alta vulnerabilidad frente a la potencia de fuego de los modernos sistemas de armas) constituyen la herramienta mejor adaptada a los escenarios de contrainsurgencia.

La Infantería ligera tiene la posibilidad de dispersarse más o menos sobre el terreno, alcanzando una mayor o menor densidad de ocupación, según sea necesario. Obviamente, cuanto menor sea esa densidad, menor será también la capacidad de combate en cada lugar. Sin embargo, en entornos de amenaza limitada (caso de la mayoría de las operaciones de contrainsurgencia), esa característica le permite controlar grandes extensiones de territorio con el mínimo de personal. Esta propiedad la diferencia de otras Armas, que concentran su potencia de combate en un número limitado de ingenios (cañones, obuses, carros de combate...), que no pueden dividirse y que, en muchos casos, deben encontrarse relativamente próximos por cuestiones tácticas (como era el caso de la Artillería de Campaña, cuya dispersión estaba limitada por el reducido número de elementos de cálculo de tiro, que obligaba a las piezas a hacer fuego desde zonas muy próximas, reunidas por Baterías), o logísticas (dependencia de un número limitado de elementos de mantenimiento o abastecimiento especializados).

La Infantería ligera tiene además otra característica casi única: puede “dosificar” hasta el extremo el nivel de violencia que puede ejercer. La Infantería actual dispone de un abanico de armas que abarca desde algunas moderadamente pesadas (como los morteros, los “cañones de Infantería” o los misiles contra-carro) hasta la posibilidad de emplear medios no letales (medios de control de masas) o medios letales “individualizados” (como es el fuego de fusilería o la bayoneta). Por comparación, la Artillería sólo dispone del fuego de sus piezas, o la Aviación de las armas lanzadas desde sus aviones. En ambos casos son medios de gran potencia y de una precisión incomparablemente menor que la de un fusil disparado a corta distancia. La combinación de la capacidad de dispersión de la Infantería con la de dosificar la violencia hasta el extremo confiere a la Infantería ligera una capacidad inigualada para ejercer esa influencia, “gestionando” eficazmente la violencia. Esta capacidad de “gestión de la violencia” es la que hace a la Infantería ligera casi insustituible en aquellas misiones en las que sea necesario proteger a la población civil (estabilización, contrainsurgencia...) o imponer un orden político determinado. Sin embargo, su relativamente escasas movilidad y protección hacen que su vulnerabilidad en entornos de alta amenaza sea muy elevada.

¿Quiere decir esto que la Infantería no puede ejecutar el combate “interarmas”? De ninguna manera. Sin embargo, las operaciones de contrainsurgencia se caracterizan por la reducida entidad de las unidades envueltas en combate: por ejemplo, en Afganistán rara vez se han ejecutado combates por encima del nivel Compañía, y la mayoría de ellos lo han sido a nivel Sección o inferiores¹⁵. En estos niveles elementales del combate, la integración de diferentes Armas es reducida: son combates muy rápidos, que se caracterizan por un planeamiento escaso y por ejecutarse con los medios en presencia en ese momento. Sin embargo, el imperativo de minimizar el número de bajas propias ha hecho que se empleen medios aéreos (helicópteros artillados o cazabombarderos) incluso en operaciones de esta reducida entidad.

En contrainsurgencia, algunas Armas cambian su modo de operar: la Infantería ligera se “atomiza” en unidades muy pequeñas, para poder controlar amplios espacios de terreno; algo similar hace la Caballería, con el fin de controlar grandes extensiones con un bajo nivel de amenaza; la Artillería de Campaña suele actuar como apoyo de fuegos inmediato a las unidades que sufren ataques enemigos, en general desde bases fijas (concepto de “*Fire Support Base*”¹⁶). Sin embargo, otras Armas tienen una utilidad reducida o nula: los carros de combate, la Artillería Antiaérea, las unidades de lanzacohetes de campaña, los cazas de superioridad aérea... Es decir, un ejército organizado para la contrainsurgencia suele basarse en Infantería ligera (dotada, en el caso de Occidente, de vehículos que le garanticen una cierta protección contra IEDs¹⁷), con una serie de apoyos especializados en las funciones a cumplir (morteros, Artillería de Campaña compuesta de obuses ligeros, Caballería con blindados ligeros, unidades de zapadores...). Con todo muchos de los medios necesarios para el combate de alta intensidad (precisamente, los más costosos) no serán necesarios.

De la misma forma, la logística de los ejércitos en el caso de operaciones de contrainsurgencia es comparativamente sencilla y barata: utilizan vehículos relativamente ligeros, y los consumos de munición son habitualmente limitados. Por el contrario, en ambiente de alta intensidad, el recurso logístico más demandado es la munición de Artillería (en la Primera Guerra Mundial suponía más del 90% del peso y volumen de los abastecimientos destinados a los

¹⁵ Snyder 1965

¹⁶ Frías Sánchez (2007)

¹⁷ IED: *Improvised Explosive Device*. Artefacto explosivo improvisado: carga explosiva que colocan los insurgentes con medios de circunstancias, normalmente en puntos de paso obligado. Puede activarse de forma remota, mediante cable, radio, teléfono GSM, o simplemente por presión

Ejércitos¹⁸), con unos consumos de varios cientos de disparos por pieza y día, en dotaciones de centenares o miles de piezas. El costo de esta cantidad de munición es elevadísimo, pero, además, las necesidades de medios de transporte para suministrar a los ejércitos desplegados son igualmente elevadas: una Gran Unidad (Cuerpo de Ejército o División) en operaciones de alta intensidad puede necesitar varios miles de camiones diarios para abastecerse. La motorización de los ejércitos desde la Segunda Guerra Mundial ha incrementado las necesidades logísticas, al requerir suministrar carburante a los miles de vehículos que necesitan estos ejércitos. Estos vehículos suelen tener unos consumos incomparablemente superiores a los de igual número de vehículos civiles, en razón del peso inherente a su protección (como ejemplo, un carro Leopard excede las 60 Tm.). En consecuencia, los ejércitos preparados para el combate de alta intensidad necesitan disponer desde tiempo de paz de medios logísticos muy potentes.

En conjunto, los ejércitos organizados para el combate de alta intensidad son incomparablemente más caros que aquellos dedicados a labores de contrainsurgencia, lo que, en un entorno de crecientes restricciones presupuestarias y sin conflictos entre estados a la vista, hacen cada vez más difícil justificar el mantenimiento de este tipo de capacidades especializadas en un escenario – el combate de alta intensidad – poco probable.

En consecuencia, una vez más, ¿por qué existe todavía un debate aparentemente estéril?

La Primera Guerra Mundial y los ejércitos sinérgicos

Los ejércitos son instituciones con una gran inercia. En parte, por su tamaño, pero, sobre todo, por su especialísima finalidad: el combate. Los errores en los ejércitos se pagan en sangre y, eventual y adicionalmente, en derrotas. Por este motivo, los ejércitos son muy renuentes a cambiar métodos que han funcionado bien durante años por otros cuya eficacia no se conocerá hasta probarla en combate. La Primera Guerra Mundial es un periodo histórico que ejemplifica perfectamente esta circunstancia: los ejércitos de 1914 fueron al combate aplicando la doctrina y los procedimientos vigentes a lo largo del siglo XIX, pese a que había serios indicios – los combates de la guerra de Secesión norteamericana, los de la guerra ruso-japonesa, los de la guerra de los bóers, etc.- que apuntaban a que el incremento de la potencia de fuego hacía inviables los despliegues cuasi-napoleónicos dominantes en Europa en el época¹⁹. Como

¹⁸ Van Creveld 1982: 82

¹⁹ Strachan 2006: 62

se ha mencionado, la inadecuación de las tácticas y los medios a las realidades del combate se tradujo en cifras de bajas absolutamente desconocidas hasta entonces... Una trágica confirmación de que, en guerra, los errores se pagan en sangre.

El estudio en detalle de las batallas de la Primera Guerra Mundial muestra un proceso evolutivo basado en “prueba y error”, que, paulatinamente, alumbró un nuevo modo de combatir: el combate interarmas. Mientras que antes de 1914, las Armas eran entidades muy especializadas y (relativamente) independientes, cuya acción se coordinaba casi exclusivamente en los niveles más altos de los Ejércitos (División y superiores, en general), en 1918 era imposible concebir una operación, a ningún nivel, en la que no participasen varias Armas, íntimamente coordinadas. Esta cooperación permitía un efecto sinérgico: el “todo” llegó a ser mucho más que la suma de las “partes”. A partir de 1918, los ejércitos no son sólo una mera yuxtaposición de unidades de las diferentes Armas, en número y entidad variable, sino que se conciben como una máquina integrada, en la que las diferentes unidades constituyen piezas necesarias para el funcionamiento del conjunto. Esta organización es la que permite la citada sinergia. La evolución tecnológica desde 1918 hasta ahora ha ido haciendo aparecer muchas capacidades nuevas (guerra electrónica, paracaidistas, armas guiadas...), pero el principio básico es inalterable: un ejército es un conjunto integrado de elementos, cada uno de ellos necesario para ejecutar una función. Y la eficacia del conjunto depende de la presencia de cada una de las partes. Como en toda máquina u organismo complejos, existen partes esenciales y partes accesorias o complementarias. Así, el sistema de Mando y Control, los apoyos de fuego, la capacidad de ruptura de posiciones fortificadas, la capacidad de explotación del éxito o el apoyo logístico son ejemplos de capacidades “esenciales”, mientras que la guerra electrónica o la Artillería Antiaérea podrían ser ejemplos de capacidades muy importantes, pero que no serán necesarias en todos los escenarios de actuación.

Volviendo a la disquisición anterior entre ejércitos organizados para el combate de alta intensidad y ejércitos preparados para contrainsurgencia, la diferencia desde el punto de vista de la integración y la sinergia mencionadas estribaría fundamentalmente en que la capacidad de combate de alta intensidad exige inexcusablemente la presencia en nuestra “máquina” de determinados elementos esenciales (carros de combate, Artillería de Campaña, logística potente...); sin embargo, en el caso de la contrainsurgencia, estos elementos no son necesarios, al tiempo que cambia la proporción de los que sí lo son. En el caso del combate de alta intensidad, la Infantería Ligera tiene aplicación en terrenos poco accesibles para vehículos, pero su vulnerabilidad y su limitada

potencia de fuego restringen mucho su actuación. En el caso de la contrainsurgencia, en cambio, su facilidad para ser proyectada a escenarios lejanos, su flexibilidad de despliegue y su capacidad de gestionar el nivel de violencia la hacen imprescindible en este tipo de operaciones.

Aparentemente, la mejor solución sería la de eliminar las capacidades superfluas en el escenario actual (que no prevé combates de alta intensidad), y crearlas de nuevo cuando se considere que van a ser necesarias en el futuro. Sin embargo, esta solución superficialmente obvia presenta muchos riesgos:

- La capacidad de predicción del futuro de las instituciones de inteligencia y seguridad occidentales se ha demostrada escasa (como ejemplo, en ninguna de las Estrategias de Seguridad Nacional norteamericanas, con un horizonte temporal de cinco años, se llegaron a imaginar operaciones como la ocupación de Afganistán, la invasión de Irak o los bombardeos de Libia o de Siria);
- Como preconiza la escuela realista de las relaciones internacionales (con todas las matizaciones necesarias) el Sistema Internacional sigue siendo esencialmente “anárquico”: no existe una autoridad mundial ni unas normas que regulen las relaciones entre los estados, por lo que, en general, sigue vigente la regla de que el poderoso se impone al débil²⁰;
- En Occidente se tiene la impresión de que existe una equivalencia directa entre ser próspero y ser poderoso. En realidad, esa equivalencia no tiene base histórica hasta prácticamente la Revolución industrial; es ésta la que permitía a los estados industrializados transformar sus potentes industrias civiles en fábricas de pertrechos bélicos, al tiempo que la expansión de la población inherente a la prosperidad económica y a la mejora de la sanidad permitían disponer de abundantes soldados potenciales (las continuas invasiones de la rica China por parte de los pobres - pero militarmente competentes - mongoles es un ejemplo histórico de esa falta de equivalencia riqueza-poder). Hoy en día, con los largos tiempos necesarios para la fabricación del armamento moderno y con los procesos de deslocalización industrial, sería necesario valorar si esa equivalencia es todavía vigente. Si no lo es, ser próspero sin poderío militar es una invitación a la agresión armada;
- Cuando se pierde una capacidad militar, el tiempo necesario para recuperarla puede ser muy largo, y, en muchos casos, puede requerir repetir - de forma actualizada y en todo o en parte - el largo proceso de “prueba y error” de la Primera Guerra Mundial, con el tributo de sangre

²⁰ Waltz (2010): p. 91

indisolublemente unido a éste. En el peor de los casos, es posible que esa capacidad no se recupere antes de la derrota.

Conclusiones

Los ejércitos occidentales se encuentran hoy frente a una encrucijada histórica. No es una situación nueva, sino que se viene arrastrando desde el final de la Guerra Fría: la falta de una percepción de amenaza existencial para Occidente se une a los elevados (y crecientes) costes del Estado del Bienestar, para cuestionar la necesidad de unos ejércitos para los que no se prevé una utilidad inmediata.

Por otra parte, las repetidas operaciones de estabilización y contrainsurgencia realizadas se han empleado (especialmente desde los propios ejércitos) como una justificación de su existencia, para hacer frente al cuestionamiento citado. Sin embargo, tras más de veinte años de operaciones de este tipo, para muchos profesionales estas operaciones han dejado de ser una justificación que permitía obtener recursos para mantener la capacidad de combate de alta intensidad, para convertirse en la finalidad real de las fuerzas armadas. Veinte años en los que la amenaza de un conflicto de alta intensidad frente a otro ejército regular parece haber desaparecido. Y veinte años de reducción generalizada de efectivos y de recursos financieros y materiales. No puede resultar sorprendente la tendencia a dedicar los escasos recursos disponibles a permitir a los ejércitos actuar en los escenarios de empleo real actual, aún a costa de perder capacidades esenciales para el combate de alta intensidad: la decisión belga y holandesa de deshacerse de todos sus carros de combate es una muestra clara de esa tendencia.

Sin embargo, la función última de los ejércitos es la defensa militar, especialmente frente a las amenazas que ponen en riesgo los intereses vitales e, incluso, la propia existencia de la nación. En este sentido, los ejércitos son depositarios de un legado no por inmaterial menos importante: el conocimiento del empleo más eficaz de los medios militares en combate. Este conocimiento se traduce hoy en día en saber cómo ejecutar el combate interarmas, verdadera razón de la superioridad militar de Occidente, por encima de ninguna consideración numérica o tecnológica. Y el mantenimiento de ese conocimiento implica disponer de los elementos esenciales para ejecutar ese tipo de combate, para entrenar la forma de hacerlo y para adaptarlo a las continuas innovaciones tecnológicas.

Al final, la raíz del problema está en la progresiva reducción de los presupuestos de Defensa, que obligan a los Estados Mayores a elegir entre “lo urgente” (las operaciones de estabilización o de contrainsurgencia en estados fallidos) y “lo importante” (la defensa militar de la nación). Si hasta ahora, mal que bien, se ha ejecutado “lo urgente” sin descuidar “lo importante”, ulteriores reducciones presupuestarias pueden obligar a tomar decisiones de una trascendencia mucho mayor de lo que puedan parecer a primera vista. Y conviene no olvidar que los errores de los ejércitos se pagan en sangre.

Referencias

Archivo Nacional Británico. “The Ten Years Rule”. Obtenido de *The Cabinet Papers 1915-1988*. Leído: 25.07.2016

<http://www.nationalarchives.gov.uk/cabinetpapers/themes/10-year-rule-disarmament.htm>.

Bailey, J. (1997) *The First World War and the Birth of the Modern Style of Warfare*. Londres: Strategic and Combat Studies Institute, The Occasional Paper n.º. 22. 1997

Corbett, S. (1988) *Some Principles on Maritime Strategy*. Annapolis: U.S. Naval Institute

Ejército de Estados Unidos. *FM-100-5 Operations*. Washington: TRADOC, 1981

Frías Sánchez, C. J. (2007) “La Artillería de Campaña en el Control de Zona”. *Revista Ejército*, n.º 796 (2007): 22-29

Hoiback, H. (2013) *Understanding Military Doctrine: A Multidisciplinary Approach*. Nueva York: Routledge

House, J. M. (1984) *Toward Combined Arms Warfare: A Survey of 20th Century Tactics, Doctrine, and Organization*. Fort Leavenworth: Combat Studies Institute

Kilcullen, D. (2013) *Out of the Mountains*. Nueva York: Oxford University Press, 2013

Los Angeles Times. “Iraq and the World's Biggest Armies”. *Los Angeles Times*, 6 de Marzo de 1991. Leído: 24.07.2016. http://articles.latimes.com/1991-03-06/news/mn-359_1_north-korea

Snyder, G. (1965) “The Balance of Power and the Balance of Terror”. En P. Seabury, *The Balance of Power*. San Francisco: Chandler, 1965. Pp. 184-201

Strachan, H. (2006) *The First World War*. Londres: Pocket Books

Van Creveld, M. (1982) *Los Abastecimientos en la Guerra*. Madrid: Ejército

Waltz, K. N. (2010) *Theory of International Politics*. Long Grove: Waveland Press